

# Gobierno local indígena y partidos políticos: cambios en la fisonomía del poder infracomunal.

Resultado de Investigación Finalizada

Grupo de Trabajo 28, Interculturalidad: pueblos originarios, afro y asiáticos en Latinoamérica y el Caribe.

Claudio Espinoza Araya

## Resumen:

Basándose en una investigación etnográfica que se interrogó acerca de las transformaciones ocurridas entre 1992 y 2008 en el escenario político de Tirúa, una pequeña comuna ubicada en el centro-sur de Chile, esta ponencia busca describir la evolución de la distribución del poder político municipal, proceso que estuvo caracterizado por la emergencia y consolidación de la presencia mapuche en los cargos municipales de representación popular, para luego proponer un análisis respecto a la articulación que tuvo este proceso político local con las fuerzas mayores que lo engloban, específicamente con la dinámica de los partidos políticos y, sobre todo, en el impacto de ésta en el proyecto etnopolítico de los líderes mapuches de Tirúa.

## 1. Introducción.

A partir de la década de 1990 se dio inicio en Tirúa a un extraordinario período de transformaciones políticas. El dato más revelador de aquello guarda relación con la evolución observada en la distribución del poder político municipal, el cual pasó de contener en 1992 una presencia mapuche minoritaria a un cuadro político que en 2008 mostró una presencia mapuche casi absoluta. En términos concretos, el concejo municipal de Tirúa, compuesto por siete personas, un alcalde y seis concejales, pasó de estar integrado en 1992 por seis autoridades no indígenas y una sola indígena a estar conformado en 2008 por un alcalde y cinco concejales mapuches y sólo un concejal no indígena. Un escenario diametralmente opuesto.

Se trata de un proceso tremendamente interesante pues constituye un caso inédito en una comuna que a pesar de contar con el 47 % de población auto adscrita como mapuche (Censo, 2002), hasta 1996 nunca había tenido un alcalde mapuche. Es interesante además porque no se trató de un alcalde sólo de “apellido mapuche”, sino de uno que nació desde una de las vías del denominado movimiento mapuche contemporáneo y que, durante toda su gestión, desarrolló un gobierno inspirado por los principios ideológicos de dicha vía<sup>1</sup>.

Es además inédito porque si bien hasta las elecciones municipales de 2008 existieron alrededor de 20 alcaldes mapuches en la historia de las elecciones municipales en Chile, el caso que aquí se sigue es único en cuanto el alcalde mapuche Adolfo Millabur se mantuvo en el cargo por tres períodos consecutivos, desarrollando en dicho ciclo un movimiento etnopolítico comunal que dio por resultado un empoderamiento de las comunidades mapuches agrupadas en territorios infracomunales; una

---

<sup>1</sup> Recurriendo a la clasificación realizada por Aracely Burguete se trataría de organizaciones o movimientos indígenas que ocupan una estrategia “dentro del Estado”, es decir, organizaciones que actúan en alguno de los espacios de la institucionalidad estatal y permanecen en el terreno de la negociación constante. Este tipo de actores indígenas no sólo pretenden ocupar espacios de gobierno, sino también “disputar, real o simbólicamente, las instituciones, jurisdicciones y gobiernos locales, que pueden ser, y son, etnizados y significados como propios” (Burguete, 2008:27).

apertura del campo político hacia otros lugares, tiempos y actores; una emergencia de nuevos liderazgos indígenas y una competencia por el poder municipal, todos elementos que terminaron por modificar de manera sustancial la distribución del poder político en Tirúa (Espinoza, 2011).

Este movimiento etnopolítico fue dirigido por jóvenes mapuches que representaron a cabalidad las nuevas orientaciones que adquirió el movimiento mapuche contemporáneo post década de 1980, es decir un movimiento fuertemente étnico (Bengoa, 1999). Dicho movimiento se encontró con cambios estructurales relacionados con los procesos de reforma del Estado y con una coyuntura específica: la transición democrática chilena. Este contexto fue aprovechado por los dirigentes mapuches para, de manera paulatina, poner en práctica una ideología política desde el control municipal.

Esta práctica política coincidió con el nuevo sitio ocupado por los gobiernos locales en América Latina (Assies, 2003), donde muchos colectivos indígenas, a través de la vía electoral se volcaron hacia su control (Iturralde, 1998). Este control, tal cual planteo, se hizo mediante lo que Burguete (2008) denomina la etnización de los espacios políticos a disputar, es decir, mediante un proceso de reinvencción y reafirmación de la identidad étnica que, en paralelo, ejerció acciones políticas activamente construidas para visibilizarse como indígenas y reclamar derechos o establecer políticas en función de dicho reconocimiento.

El proceso etnopolítico de Tirúa llevó fuertemente el sello de lo local, aunque no por ello permaneció impermeable a las fuerzas regionales, nacionales y globales que lo envuelven. Por el contrario, dicho proceso fue influido, explícita e implícitamente, por fuerzas políticas y económicas mayores, por ejemplo, por la dinámica de los partidos políticos o por las agencias financiadoras internacionales.

En esta ponencia me propongo mostrar una de las formas de articulación entre el proceso político local y la dinámica de los partidos políticos, fundamentalmente sobre las consecuencias que dicha articulación tuvo sobre la fisonomía del poder que se construyó, o quiso construirse, entre los mapuches de la comuna de Tirúa. Esta reflexión acerca de la noción de poder y sus transformaciones mal podría negar las afectaciones sucedidas en la vía inversa, es decir en cómo el proceso político local afectó la dinámica de los partidos políticos, lo que en otro lugar he llamado la vía electoral étnica (Espinoza, 2011), sin embargo aquí optaré por concentrarme sólo en el proceso referido.

## **2. Retrato electoral de un proceso político: 1992-2008**

A continuación presentaré brevemente las principales tendencias electorales observadas en Tirúa desde 1992 a 2008. Estos indicadores dan cuenta de la importante transformación del escenario político de la comuna.

En primer lugar destaca un aumento progresivo de la participación mapuche en las contiendas electorales municipales. Si durante la elección de 1992 se observa una alta participación en la contienda electoral municipal, reflejando con ello una primera señal de participación local a partir del nuevo contexto democrático del país, las siguientes elecciones mostrarán una consolidación de dicha tendencia. En segundo lugar, se observa durante todo este período la consolidación electoral del alcalde Millabur. Elección tras elección, sus votaciones siempre fueron en aumento, logrando estabilizarse en un 47%, cifra que coincide con la cantidad de gente que, según censo 2002, se adscribió como mapuche. La primera expectativa de Millabur al entrar a competir en las elecciones municipales fue ver la posibilidad de obtener un voto étnico. Esta coincidencia de datos estadísticos bien puede representar un correlato empírico de dicha expectativa. Como tercera cuestión se aprecia un aumento de la presencia mapuche en el municipio. No sólo en los cargos nombrados por el alcalde Millabur, por ejemplo su gabinete, sino de cargos públicos sujetos a elección popular. La participación mapuche en las elecciones municipales dará como fruto que con el tiempo el concejo municipal esté compuesto en su mayoría por personas mapuches. Finalmente, los datos electorales muestran una necesaria militancia electoral mapuche. Si hay miradas que veían una señal negativa en este tipo de alianzas, los hechos

parecen mostrar dos cosas: cierta inevitabilidad de los partidos políticos y listas electorales y cierta recurrencia histórica de sectores mapuches a tales plataformas electorales. Esta necesaria recurrencia a partidos políticos y pactos electorales constituirá un hecho relevante pues modificará de manera radical la manera en que el líder Millabur se relacionaba con las comunidades. Si en un comienzo, es decir en las elecciones de 1992, 1996 y 2000, el proceso para postular fue extremadamente participativo, para las elecciones de 2004 y 2008 las comunidades tuvieron menos injerencia en la conducción del proceso y fue más bien Millabur quien dirigió, en cierto sentido de manera vertical, la dinámica electoral en las comunidades. Según mi interpretación, lo que ocurrió fue una transformación en la fisonomía del poder, pasando de un poder dependiente a otro independiente.

## 2. Cambios en la fisonomía del poder.

Las comunidades mapuches de Tirúa articuladas al proceso político encabezado por Adolfo Millabur quisieron hacer historia política sin la influencia de los partidos políticos. Siguiendo la tendencia del movimiento mapuche de fines del siglo XX, se buscó construir una ruta autónoma, separada, étnica, mapuche, no *huinca*. Esa fue la apuesta de Millabur. Se pretendía ver si acaso los mapuche podían crear una fuerza homogénea que compitiera en las contiendas electorales municipales. Y lo logran. El hecho que desde 2008 y hasta hoy, las autoridades municipales sean mayoritariamente mapuches (un alcalde y cinco concejales mapuches por sobre sólo un concejal no indígena) es un gran indicador de ello. Se trata entonces de un proceso que en ese sentido resultó exitoso.

Los mapuches de Tirúa quisieron construir un camino electoral autónomo, libre y no contaminado con la política partidaria *huinca*. Y lo logran hasta cierto punto. Primero dejando a su líder como primera mayoría en las elecciones de 1992. El siguiente paso fue la conquista de la alcaldía. Allí necesitaron recurrir a una estrategia instrumental, postular a través de una lista electoral. Sin embargo aquí, en esta articulación entre las comunidades que se quisieron pensar autónomas y los partidos políticos y sus dinámicas, se va a ver reflejada la incidencia de éstos en el proceso político local. Desde la primera postulación de Millabur que apunta directamente a la alcaldía, es decir en 1996, y hasta antes de las elecciones de 2004, el proceso siguió el camino más o menos deseado por las comunidades; esto es, un proceso participativo, de activa presencia de las bases y una cercanía del líder con sus electores. Como un ejercicio de abstracción sobre los discursos de los involucrados, se puede asemejar tales dinámicas a las crónicas y reflexiones de Clastres (1980) acerca de las sociedades contra el Estado, en el sentido que las comunidades imaginaban al líder más que como jefe, como un representante, como la voz de las comunidades y ejecutor de las decisiones que se tomaban, mediante asambleas, entre ellas.

Algunos indicadores que dan pie para esta analogía clastreana se relacionan con la forma en que se produjo la consolidación pública del liderazgo de Millabur. Por ejemplo, cuando se decide llevar un candidato mapuche, tanto para la primera elección de 1992 como cuando se apuesta a conquistar la alcaldía en 1996, sobresalen tres elementos. Para empezar, se busca o impone, un candidato que posea determinadas características de liderazgo: capacidad de oratoria, capacidad de interacción tanto en el mundo mapuche como el mundo *huinca*, que se destaque del resto por poseer cualidades exclusivas, por ejemplo haber accedido a la educación superior, que sea descendiente de alguien importante en las comunidades mapuches y que cuente con un prestigio al interior del mundo mapuche comunal; todas características presentes en Millabur, y además, características propias de los primeros dirigentes mapuches que actúan en la política nacional. En segundo lugar se busca un candidato que sea símbolo de distinción frente a los otros, en este caso frente a los habitantes no mapuches y los partidos políticos. Los relatos coinciden en señalar que se quería llevar un candidato propio, no mediado por otras fuerzas sociales y que fuera capaz de representar a los mapuches en el municipio. Es decir, un líder que pudiera representar a la comunidad como totalidad única, a los mapuches de Tirúa frente a otras fuerzas sociales, por ejemplo los partidos

políticos.

Por último, y el aspecto más notable de este proceso, es que más allá de que haya ocurrido exactamente así, existe el convencimiento que la selección de Millabur como candidato al municipio, es un asunto que nace desde las propias comunidades. Es decir, se trata de poner en la avanzada, como representante, a un líder que exprese los intereses de las comunidades. Siguiendo a Clastres (1980), a un jefe que no detente el poder, sino que sea el vehículo de transmisión de las decisiones tomadas por la gente, quienes a su vez conservarían el poder. Todos los testimonios mapuches recogidos en campo, tanto de partidarios como de detractores de la gestión de Millabur, coinciden en que el proceso inició de esta manera y continuó así en los primeros años del mandato del alcalde mapuche. Para muestra un testimonio de un dirigente mapuche que en la actualidad, y desde hace algunos años, es opositor al gobierno de Millabur.

“Entonces seguimos con la idea de tener un candidato mapuche. Como en la primera elección Adolfo no iba en un partido, no pudo ser alcalde. Nuestra idea era llevar un candidato sin involucrar a los partidos, que fuéramos como mapuches siempre, nada de política, pero para no perder de nuevo, se le dijo que buscara un cupo en un partido. Porque esto era un proyecto colectivo, no era un proyecto individual como hoy en día se conoce. Hoy día las comunidades pueden apoyar al alcalde, pero no tienen ninguna otra participación que ir a votar por él. Ni las sugerencias que hacen, no les hacen caso, o sea hoy en día se impone lo que Adolfo dice. La idea inicial era que toda la gente que participaba, las comunidades, supiera e influyeran en cómo debe trabajar el municipio, y así se fuera educando para ir teniendo autoridades mapuches.

Y entonces así trabajamos al principio bien. El primer período de Adolfo fue participativo, sentíamos que esto era un trabajo colectivo, que a todos nos pertenecía, pero en el segundo período ya se fue alejando y ahí surgen diferencias entre los dirigentes mapuches” (Damasio Liempi. Diciembre de 2007).

De hecho en un comienzo es tan participativo el proyecto, que cuando se discute el tema de si ir avalado o no por un partido político para las elecciones de 1996, se llevan a cabo una serie de reuniones para tomar la decisión. Se trató de reuniones que tuvieron lugar en todas las comunidades mapuches de la comuna. Allí confluían representantes de cada una de las comunidades articuladas a la candidatura de Millabur y, en asambleas, tomaban en conjunto la decisión. Como finalmente sucedió, la mayoría aprobó la propuesta de acceder a un cupo en una lista electoral, cuestión que se concretó a través de la lista de la Concertación de Partidos por la Democracia, aunque Millabur conservó su carácter de independiente, es decir no militó en ningún partido político de tal aglomeración. Como era esperable, hubo personas que se opusieron categóricamente a este tipo de alianzas electorales. Uno de ellos fue José Huenchunao, quien después de tomada la decisión se retira del proceso y tiempo después pasa a liderar otras movilizaciones promovidas por la CAM.

Se puede afirmar entonces que en algún momento se trató de un proceso fuertemente colectivo, donde las comunidades son y se sienten parte integrante del proyecto electoral, y donde el candidato, el líder mapuche, es asumido como un instrumento para el logro de otros fines.

“Recuerdo que cuando Adolfo salió elegido la primera vez (1996), había mucha emoción en las comunidades, había muchas celebraciones, porque yo creo que ellos sentían el triunfo. Porque además la candidatura había nacido de las comunidades indígenas.

Entonces claro que influye la presencia de un alcalde mapuche, sobre todo en el tema organizacional. Yo encuentro que la municipalidad es como una herramienta para, no favorecer, pero en el fondo, que lo que digan los viejos, se cumpla” (Evangalina Faúndez, miembro gabinete de Millabur; Enero de 2008).

Esto permite pensar que se trató de un proceso donde las comunidades cedían parte de las decisiones al líder, pero ellas conservaban el poder en su seno. Sin embargo, con el tiempo esta situación fue cambiando; cuestión que es reconocida no sólo por los mapuches críticos del gobierno de Millabur, sino que por las mismas autoridades municipales:

“Antes había una dinámica donde se consultaba a la gente, se informaba, y después con el tiempo se fue perdiendo, pero yo no creo que haya sido intencional, sino que fue por la premura de las cosas que se fueron dando. De repente te pilla la máquina, y ser dirigente y ser alcalde es super complicado. Por ejemplo Adolfo tiene demandas no sólo del mundo mapuche, tiene también demandas de los no mapuches, tiene que rendir una cuenta pública todos los años. Y ha pasado en este último tiempo que hay una separación, la gente no mapuche culpa al Adolfo que todos los recursos y esfuerzos municipales van sólo a la parte indígena, y le han pasado la cuenta. Adolfo se hace una autocrítica al respecto, y uno de los desafíos es volver a lo de antes. Si tu quieres ser candidato, perfecto, pero que sea desde las comunidades, que te reivindiquen primero las comunidades. Y es que así nació, y después se fue perdiendo la dinámica. Por lo mismo, porque al principio era solamente alcalde mapuche, y después esto de ser alcalde mapuche también para gente no mapuche, entonces se fue incluyendo mucha gente que no era mapuche” (Evangelina Faúndez, miembro gabinete de Millabur, enero de 2008).

La entrevistada señala que el alejamiento no fue algo intencional, sino que de pronto “te pilla (atrapa) la máquina. La pregunta que uno se hace es ¿Cuál es esa máquina? Responde la entrevistada: “no es fácil ser dirigente y alcalde a la vez; hay demandas del sector no mapuche también, hay que rendir una cuenta pública todos los años, etc.” Agrega que en un comienzo el alcalde era sólo “alcalde mapuche”, pero que después tuvo que asumir la composición étnicamente diferenciada de la comuna y, por lo mismo, gobernar para todos, mapuches y no mapuches.

El desafío intercultural que impone el carácter étnicamente diverso de la comuna asomaría en un comienzo como un obstáculo para los motivos primigenios que subyacen a la apuesta municipal de la dirigencia Lafkenche. Y claro, si se piensa que para Millabur y sus compañeros dirigentes la gestión municipal no es un fin en sí mismo, sino que se asume como una herramienta con fines reivindicativos indígenas, tiene sentido el hecho que en un comienzo la gestión municipal haya estado dirigida fuertemente hacia las comunidades mapuches. Pero con el tiempo la visión fue cambiando, ya sea por propia inclinación de las autoridades comunales, como por la presión ejercida desde abajo por los habitantes no mapuches de la comuna.

El hecho que el alcalde haya comenzado a incorporar en sus dinámicas de trabajo municipal a los sectores no mapuches, según la entrevistada, pudo haberse constituido en el primer paso del alejamiento de la autoridad con las bases mapuches. Y puede que haya ocurrido efectivamente así. Sin embargo, pienso en una hipótesis distinta que, sin negar esta, alude a otros elementos.

Hubo un quiebre en medio del proceso, de eso no cabe ninguna duda. Razones para ello hay varias, por ejemplo la lentitud y estancamiento de las recuperaciones territoriales; el hecho que el alcalde con el tiempo haya hecho hincapié en el carácter interétnico de la comuna y gobernado en concordancia con dicha realidad, cuestión que delineó su imagen entre algunas comunidades como alguien que ya no gobernaba para los mapuches y que se había convertido en un alcalde más, como cualquier otro. Por último, se decía entre las comunidades, Millabur está muy metido en la política chilena, en la política *huinca*, cuestión que como ya se señaló, era algo que al principio del proceso se temía y se quería evitar.

Y es de este último punto desde donde puede arrancar mi interpretación. Efectivamente, Millabur comenzó a ocupar un lugar destacado en la política chilena. Sus altas votaciones lo situaron como el máximo referente electoral de la comuna, no tan sólo para las comunidades mapuches que lo apoyaban,

sino también, y de manera determinante, para el pacto electoral que lo apoyaba: la *Concertación de Partidos por la Democracia*. De hecho sus altas votaciones lo ubican en una situación destacada en el historial de todos los candidatos que han participado en contiendas electorales desde el retorno a la democracia hasta la fecha.

Investigaciones en torno a las contiendas electorales municipales muestran que este tipo de elecciones poseen un alto nivel de competitividad y, donde si bien hay alcaldes que han logrado mantenerse en el cargo por varios períodos, lo cierto es que se observa un alto nivel de renovación y de alternancia en el poder. Por ejemplo desde 1992 a la fecha, y considerando a los 345 alcaldes que ejercían al 2008, sólo 40 llevan 16 años en el poder, mientras que 65 han completado 12 años, es decir cuatro y tres períodos respectivamente (Bunker y Navia, 2009: 261). Bajo estos antecedentes, resalta el lugar ocupado por Millabur en la historia electoral contemporánea del país. Si se toma como referencia su cargo de alcalde, está ubicado entre los 65 ediles que permanecieron por tres periodos en sus cargos. Ahora, si se toman sus primeros lugares en el ranking de votación comunal, cuestión que regularmente debería significar la toma del cargo, Millabur formaría parte de los 40 candidatos que obtuvieron los primeros lugares de votación en cuatro elecciones consecutivas.

Este hecho es el reflejo del capital político que obtuvo Millabur en la comuna, cuestión que lo catapultó como el principal poseedor de la llave maestra para la representación política contemporánea: las elecciones. Se ha mostrado que tanto para el lado de las comunidades, como para el lado del pacto que lo apoya, es decir tanto para adentro como fuera de la comuna, era necesario contar con su apoyo para resultar electo. Este hecho, según mi perspectiva, provocó un cambio en la fisonomía del poder. La acumulación de este capital político gatilló una separación entre poder y control.

El alejamiento, la progresiva caída que mostró el plan de un consejo inter-comunitario de tipo clastreano contorneando las decisiones del líder, se debe más al hecho que no haya existido un control efectivo por parte de las comunidades acerca del quehacer de los dirigentes; o en palabras de Adams (2007 [1978]) porque las comunidades no pudieron controlar determinados recursos significativos y por tanto el poder, en un primer momento dependiente y asignado, fue dando paso a uno de corte más independiente. Siguiendo esta lectura, el elemento clave para la demarcación entre un tipo de poder y otro, estuvo dado por el peso electoral que fue consiguiendo Millabur al interior de las comunidades mapuches, pero sobre todo al interior de la lista electoral de la cual formaba parte: *La Concertación de Partidos por la Democracia*. Este hecho consolidó la figura del alcalde como la única alternativa de acceder a cupos municipales con reales posibilidades de concretarse.

El recurso significativo constituido en torno a la posibilidad de resultar electo, es decir en la posibilidad de contar con un pacto electoral detrás y no perder el apoyo electoral de las comunidades, pasó a tener un dueño, Millabur, y eso cambió la forma del poder que se habían imaginado y planteado las comunidades al inicio del proceso. El líder mapuche, antes desprovisto de poder, pasó a tener poder y control. Y esto provocó reacciones variadas en el proceso local, reacciones, que según las interpretaciones que presento en esta ponencia pueden ayudar a explicar la derrota de Millabur en 2008. Pero lo que me interesa destacar en este apartado es sobre todo este cambio en la fisonomía del poder. De un esquema clastreano se pasó a una competencia por el poder desatada. No es que sean causa y consecuencia, pero sí son fenómenos estrechamente relacionados. Se puede observar esta relación entre los elementos globales y locales que inciden e influyen en el proceso político observado.

A pesar del intento de construir un proceso local autónomo, independiente de los partidos políticos, el proceso político de Tirúa no tan solo se vio en la necesidad instrumental de recurrir a los partidos políticos, sino que dentro de esa articulación vio cómo su proyecto se vio subyacentemente afectado por la dinámica de los partidos políticos, por ejemplo afectando la fisonomía del poder, cambiando el lugar del líder en relación a sus bases.

Lo anterior no significa que el proceso político de Tirúa haya sido un mero receptáculo donde se imponían las tendencias globales o nacionales. No, los mapuches ocuparon y resignificaron –relocalizaron- esas dinámicas en función de sus proyectos. El hecho de la importante influencia de las dinámicas de los partidos políticos no impidió que el proyecto articulado a la figura del alcalde mapuche fuera capaz de establecer transformaciones inéditas y sumamente significativas. Pero además, y como estos procesos de lo global y lo local son de ida y vuelta, no tan sólo los partidos políticos afectaron el proceso local, sino que las mismas dinámicas locales incidieron fuertemente en los partidos políticos, por ejemplo, incitando hacia una vía electoral étnica.

## **BIBLIOGRAFÍA.**

Adams, Richard, (2007). *La red de la expansión humana*, México, D.F: Ciesas. (Trabajo original publicado en 1978).

Assies, Willem, (2003). La descentralización en perspectiva. En Willem Assies (ed.), *Gobiernos locales y reforma del Estado en América Latina*, México, Colmich.

Bengoa, José (1999). *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX*, Santiago de Chile, Planeta.

Bunker, Kenneth y Navia, Patricio (2009). Duración de las carreras de alcaldes, 1992-2008. En Patricio Navia, Mauricio Morales y Renato Briceño (editores) *El genoma electoral chileno. Dibujando el mapa genético de las preferencias políticas en Chile*, Santiago de Chile, Universidad Diego Portales.

Burguete, Araceli (2008). Gobernar en la diversidad en tiempos de multiculturalismo en América Latina. En Xochitl Leyva, Araceli Burguete y Shannon Speed (coords.), *Gobernar (en) la diversidad: Experiencias indígenas desde América Latina. Hacia la investigación de co-labor*, México Ciesas-Flacso Ecuador y Flacso Guatemala, Publicaciones de la casa Chata.

Clastres, Pierre (2001). *Investigaciones en Antropología Política*. Barcelona, Gedisa. (Trabajo original publicado en 1980).

Iturralde, Diego (1998). Movimientos indígenas y contiendas electorales (Ecuador y Bolivia). En Miguel A. Bartolomé y Alicia Barabas (coords.), *Autonomías étnicas y Estados nacionales*. México. Instituto Nacional de Antropología en Historia (INAH).